

Gabriela Wiener
Una pequeña fiesta
llamada Eternidad



La Bella Varsovia / Poesía

*Una pequeña fiesta
llamada Eternidad*

Gabriela Wiener

PODÍA VER LA REVOLUCIÓN
DESDE MI VÁTER

Llegamos de Lima a un piso con doce personas
y un solo váter en Pla de Palacio.
Hicimos progresos.
Pudimos subalquilar a un alemán
un piso de 20 metros cuadrados en Sagrada
Familia.

Nos mudamos al barrio más aburrido de
Barcelona
para tener a Coco.
La Ronda de Guinardó.
Luego descubrimos que detrás de la nevera
había un nido de cucarachas.
Eran miles.
Clarice Lispector hubiera escrito muchísimos
libros en mi casa.
Él se quemó los antebrazos sirviendo paella.
Yo metí nombres en una base de datos
de la Asociación de Veterinarios de Cataluña.
Lloré en el baño de la Asociación de
Veterinarios de Cataluña.
Fui becaria a los 30.
Fui a muchos cócteles literarios.
Demasiados.
Escribí por dinero, todo,
hasta el horóscopo de cómo folla cada signo.
Y nunca había oído la palabra «decolonial».

Por eso seguí corriendo detrás de Europa,
detrás del *boom*
y de Bolaño,
de una obra,
del *Babelia*.
Por un piso,
por papeles,
por dinero,
por prestigio.
Y un día por fin pude volver a ser periodista
y escritora
y alquilar un piso en el Raval.

La calle Carmen está al lado de la Boquería.
Podía ver a los turistas desde mi váter.
Yo nunca había oído la palabra «gentrificación».

El piso nos costaba mil euros,
un maldito montón de billetes,
pero lo valía.
Teníamos lavaplatos,
invitábamos a Caparrós a comer ceviche,
mi hija tenía una habitación llena de juguetes
bonitos
y hablaba en catalán.
Mi baño era tan grande
que mis amigos se drogaban en él
de cinco en cinco.
Y el *walk in closet*, oh, podía verme de cuerpo
entero.

El colegio de Coco quedaba a dos calles de allí,

justo al lado de nuestro bar favorito,
El Benidorm.
Podíamos salir del bar y llevarla al colegio
o salir del colegio y llevarnos al bar.
Me emborrachaba hasta enseñarle las tetas
a Javier Calvo.
Podíamos ver *A dos metros bajo tierra*
durante seis horas seguidas.

Una vez vino a visitarnos una amiga mexicana
y nos pidió que la atáramos.
Follamos con una de las madres del colegio,
me pasé un año chateando con otro.
Conseguí una agente literaria
y hasta comimos *fondue* de queso barato.
Era todo lo que esperábamos de Barcelona.

Pero queríamos más.
Fui tentada por el diablo
y acepté trabajar en una revista femenina.
Nos mudamos a Madrid,
al lado del Congreso.
Podía ver a los imputados desde mi váter
o quizá estaba mirando fijamente
el fondo de mi váter.

Los helicópteros nos sobrevolaban todo el día.
Y supe lo que era una crema Chanel.
Una mujer peruana me limpiaba la casa,
una vez a la semana como en Lima.
Una mujer peruana
limpiando la casa de otra mujer peruana.

¿Había llegado?

Para ir a las fiestas autogestionadas
en Carabanchel,
dejábamos a Coco con su canguro,
una chica guapísima que pedía sushi.
Era todo lo que esperábamos de Madrid.

Soñé con traducciones de mis libros,
con el Hay Festival.

Un día dejé la revista femenina para ser
plenamente feminista.
Me abrigué al calor de esas mujeres.
Fuimos una.
Denunciamos al machito de asamblea.
Pero en el colectivo me dijeron: «tú no».
En las manis feministas me dijeron: «tú no».
En un hilo de Facebook me dijeron: «tú no».
En la cama me dijeron: «tú no».
Hasta entonces no había oído la palabra
«interseccional».
Como ya no tenía plata,
dejé también el centro por la periferia.
Crucé el río,
me mudé a un taller mecánico
que reconvertimos en vivienda.
Por la mitad de precio teníamos jardín
a diez minutos de Lavapiés.
Nos pinchamos de la luz.
En lugar de tres fuimos cuatro y luego cinco.
Me creí una celebridad del amor libre

pero seguí muriéndome
de celos.

Tuve un hijo colectivizado.
Podía ver la revolución desde mi váter.
Varias veces acompañé a mis amigas a okupar,
me compré el *Manual de la okupación*,
pero nos pillaban o nos desalojaba la alcaldesa.
No entendía nada.

Intentamos hacer un nuevo 15M y nadie vino.
«Intentamos vivir de la autogestión
pero en realidad la autogestión vivía de
nosotros»,
concluyó Diana Pornoterrorista.
Y el vómito es contagioso.
Arcadas desde dentro del sistema.
Llantos en la Asociación de Veterinarios de
Cataluña.
Pajas histéricas en *Marie Claire*.
Mareos en Sant Jordi.
Arcadas desde fuera del sistema.
Ataque de celos en primavera.
Golpe de calor en Vaciador.
Sin embargo,
si no vomitamos un poco,
no es mi revolución.

«Pincho la música fuerte en la sobremesa. / Bailo antes del postre. / Me tomo la cerveza antes de que se caliente. / Me salto los preámbulos del amor. / Pero no me doy prisa.» El momento justo, que llegue cuando llegue: Gabriela Wiener sube el volumen y dispone cada elemento en su lugar, no siempre el que se espera, nunca el que conviene.

Una pequeña fiesta llamada Eternidad habla de un mundo que se acaba, pero no todavía: del pasado que nos encauza hacia el futuro, de la noche —con su día— y de la revolución. En estos poemas se baila como bailan los cuerpos al sonar el amor y el deseo, las utopías y las decepciones, la rabia y la esperanza; también las ficciones que «nos ayudan a soportar la vida» frente a la misma vida que no sabemos si decir o no. De fondo se oyen los versos de Sylvia Plath, de Anne Sexton, acaso el golpe *beat*, tan altos y salvajes los de Carmen Ollé.

En esta celebración inagotable se ama y se promete todo, incluso la salvación. Desde la escritura, y desde el sexo, y desde la insurgencia: en *Una pequeña fiesta llamada Eternidad* hay fuego y purpurina. La primera persona se conjuga singular y se comprende plural, colectiva. Un libro en el que Gabriela Wiener se asoma hacia la eternidad que sigue a la derrota, y nos lo cuenta aún más personal, aún más político.

«Ninguna otra escritora en el mundo en español es tan furiosamente independiente y plenamente irreverente como Gabriela Wiener.» (Cristina Rivera Garza)

«Seguirle la pista a Gabriela Wiener, caminar detrás de ella, soñando con alcanzarla, es uno de los pocos lujos que nos quedan.» (Alejandro Zambra)

**LA
BELLA
VARSOVIA**

ISBN: 978-84-339-1962-5

IBIC: DCF



9 788433 919625